



Una sinfonía binacional.

La mirada de Edward Said hacia el conflicto palestino-israelí.

Manuel Sánchez Matito

1. El alma de un músico

Daniel Barenboim consideraba que su gran amigo Edward Said tenía el “alma de un músico”. Aunque sus reflexiones trataran una amplia variedad de temas, la mirada que lanzaba hacia ellos era siempre la de un músico. Esto permite entender, señala Barenboim, porque mostró siempre tanta atención a los pequeños detalles, porque pudo comprender la gran diferencia que existe entre la fuerza y el poder o porque consideraba especialmente valiosa la necesidad de la interrelación, de la vinculación y de la inclusión frente a las tendencias –difícilmente aplicables en el mundo musical– a la exclusión o al aislamiento¹.

Tal vez, sea esta forma de mirar la que anima las reflexiones de Said sobre el conflicto palestino-israelí. Edward Said no comprende que la solución definitiva al problema pase por el aislamiento de los grupos. Piensa, por el contrario, que una mayor comprensión, un conocimiento más humano puede permitir que los pueblos palestino y judío puedan lograr una convivencia pacífica y estable. La solución que propone –un solo Estado democrático para los dos pueblos– parece extravagante en el panorama actual dominado por la búsqueda de un camino que culmine en la existencia de dos Estados independientes. Sin embargo, creo que su esfuerzo no debe desestimarse. En primer lugar, porque otras soluciones no han alcanzado todavía el consenso adecuado en el mundo palestino-israelí; en segundo lugar, porque las particiones de Estado no han representado a lo largo de la Historia soluciones brillantes al problema de la convivencia humana; además, porque la solución, siendo algo extraña en el momento presente, ha tenido notables defensores tanto en el mundo palestino como en el ámbito judío y, por último, porque puede representar una solución más estable y humana a largo plazo.

Su reflexión sobre el conflicto no puede aparecer aislada. Forma parte de una manera de comprender la historia, la vida y las relaciones humanas que ha expresado en numerosas obras a lo largo de varias décadas. En este estudio intentaremos mostrar la interrelación que se produce entre varios aspectos de su entramado intelectual y la forma en que estos elementos construyen una perspectiva que sirve para iluminar su visión sobre las relaciones entre palestinos e israelíes. Acercándonos a sus análisis sobre la tradición orientalista y a su teoría sobre el Humanismo podremos comprender mejor el esfuerzo que ha realizado el intelectual palestino y estadounidense por fomentar un conocimiento que sirva no sólo para acrecentar nuestro bagaje cultural sobre la historia, la naturaleza o la vida, sino, sobre todo, para hacer posible una mejor comprensión del otro que facilite la convivencia entre los individuos y las culturas.

¹ Barenboim, D., “El maestro”, *La Nación*, Chicago, 2004.

2. Una perspectiva humanista.

Las ideas del intelectual Edward Wadie Said comenzaron a ser conocidas a partir de la publicación de su obra *Orientalismo* en el año 1978. El objetivo principal de su libro consistía en mostrar cómo a lo largo de varios siglos el conocimiento que habían desarrollado la mayoría de los expertos europeos del mundo oriental había contribuido a crear una imagen cerrada y rígida que, a su vez, había propiciado la dominación militar, cultural, social o económica por parte de las mismas potencias de las que procedían los brillantes intelectuales. El Orientalismo representa, por tanto, una larga tradición a través de la cual los europeos han establecido una amplia relación con Oriente. Esta tradición fue desarrollada principalmente por franceses e ingleses –en menor medida por otros países europeos– y fue continuada por los estadounidenses tras la Segunda Guerra Mundial. Siguiendo esta perspectiva, Oriente representa una de las imágenes más habituales de lo “Otro” de lo diferente, del lugar que paradójicamente da origen a la civilización y, al mismo tiempo, hace posible el proceso de colonización más importante de la Historia.

El Orientalismo abarca, según Said, tres ámbitos diferentes: un conjunto de instituciones que estudian y analizan lo oriental; un conjunto de pensamientos y de manifestaciones artísticas que fijan una imagen de este ámbito y, por último, una estructura de dominio, autoridad y poder. Esta estructura de dominio se entrelaza, por tanto, con un cuerpo teórico de una gran envergadura. De hecho, puede decirse que el Orientalismo representa una red teórico-práctica en la que las ideas, pensamientos y creaciones artístico-literarias han permitido diseñar una imagen de Oriente que ha posibilitado y justificado la consiguiente relación de dominio. La fuerza de esta imagen es tal que a través de ella se crea al “oriental” llegando a eliminarlo como ser humano.

El conocimiento que se desarrolla sobre Oriente presenta, siguiendo el estudio de Said, una serie de características definitorias. Por una parte, puede decirse que expone una dualidad radical: Oriente es siempre lo contrario, el reverso de Occidente y sus valores. Si Occidente es orden y claridad, Oriente representa, desde la Iliada, la irracionalidad, la imposibilidad de articular por sí mismo su propia realidad. Oriente necesita, por tanto, a Occidente para expresarse y esta expresión termina definiendo, perfilando a Oriente como si se tratara de una esencia inalterable. Los occidentales fijan una idea de Oriente que más que en el contacto directo con la realidad, se sustenta principalmente en una relación con los textos y, sobre todo, con los textos del período clásico de cada uno de los lugares sometidos a estudio. La extraordinaria multitud de espacios que entran bajo la denominación de Oriente representa, por cierto, otra de las características notables del conocimiento desarrollado. Un espacio tan amplio requería una comprensión del mismo que permitiera evitar el miedo a lo desconocido y desplegar una aproximación que lo convirtiera en cercano y familiar. De ahí la necesidad de esquematizar y simplificar el conocimiento de Oriente y, sobre todo, de algunos ámbitos, como el musulmán, que parecían todavía más extraños.

La expedición napoleónica a Egipto representó un momento clave en la historia del Orientalismo. La conquista de Egipto por parte de los ejércitos no significaba sólo un acontecimiento militar, sino que iba precedida de un plan preconcebido acerca del destino de Egipto. En la expedición desempeñaba un papel muy importante el grupo de científicos, exploradores o arqueólogos que tenía la misión de redescubrir Egipto. Un lugar tan simbólico que había tenido una estrecha vinculación con el mundo occidental –Heródoto, Pitágoras, Julio César, Alejandro...– tenía que ser conocido, comprendido y, sobre todo, relacionado con las antiguas fuentes clásicas. De este modo, se desarrollaba un conocimiento de Egipto que lo convertía en una realidad distinta, pero, al mismo tiempo, más cercana y, por tanto, dominable.

Las experiencias que rodean a la expedición napoleónica culminaron con la *Description de l’Egypte*, una obra que se convertirá en el paradigma de la relación que

Occidente mantendrá desde entonces con Oriente. A partir de entonces la actitud de Occidente deja de ser la de simple observador. No se trata sólo de observar, se trata de dar vida, de articular una nueva realidad siguiendo los esquemas propios.

Tras la Primera Guerra Mundial el Orientalismo ha experimentado, en opinión de Said, una crisis de la que todavía no se ha recuperado. Hasta esa fecha se había alcanzado la coincidencia entre el Oriente diseñado y el Occidente dominado, pero, a partir de ese momento, se sucedieron los movimientos de independencia y de lucha contra el imperialismo. Ante esta situación de crisis que sufre la tradición orientalista caben tres posibilidades: ignorar la realidad y continuar por la misma senda, adoptar los modelos orientalistas bajo nuevos ropajes y, la menos explorada, abandonar el Orientalismo. La alternativa que busca Edward Said mediante la elaboración de su libro consiste en tratar de ser más conscientes de la relación de dominio que ejerce la cultura occidental y encontrar un nuevo modo de relacionarse con "Oriente". En último término lo que pretende su obra es avanzar en un camino que logre suprimir definitivamente los estereotipos de "Oriente" y "Occidente".

El Orientalismo ha establecido, por tanto, el esquema mental con el que la mayoría de los occidentales siguen acercándose al mundo oriental. Esta visión cerrada, unidimensional y monolítica se acrecienta cuando los europeos o los estadounidenses tratan de aproximarse al mundo islámico. Al exotismo característico de Oriente se suele añadir una mayor irracionalidad y, con cierta frecuencia, una tendencia hacia la violencia que parece inseparable del carácter musulmán. Said lamenta la facilidad con la que todavía en la actualidad algunos "eruditos" e "investigadores" del mundo musulmán se aproximan al estudio de diferentes pueblos musulmanes con visiones estereotipadas y con una idea rígida de lo que significa la "mentalidad árabe" o "la mentalidad musulmana".

"...lo que es más importante para mis argumentos, es la manera en que esta legitimación académica e intelectual ha persistido en nuestra época cuando se habla del Islam, de los árabes o de Oriente Próximo. En efecto, mientras que ya nadie puede escribir disquisiciones eruditas (y ni tan siquiera populares) sobre la mentalidad de los negros o la mentalidad de los judíos, sigue siendo posible realizar estudios sobre temas tales como la mentalidad islámica o el carácter árabe"².

En una obra posterior, *Cubriendo el Islam*³, Said intenta mostrar el modo en que los medios de comunicación occidentales se acercan a los problemas de los países árabes y musulmanes partiendo de ideas preconcebidas y de una idea cerrada y rígida de lo que constituye la "mentalidad musulmana". La influencia de la tradición orientalista se ejerce, de este modo, en la visión mediática diseñada en las últimas décadas. Frente a la enorme riqueza y heterogeneidad de los múltiples pueblos y culturas que componen el espacio por el que se extiende la religión musulmana, los medios de comunicación suelen transmitir una idea del Islam que se convierte en una etiqueta, en una ficción minimalista, en una reducción simplista. De este modo, como recuerda el título de la obra, los medios cubren el Islam en el doble sentido del término: por un lado, ofrecen informaciones, pero, por otro, cubren en el sentido de ocultar la verdadera riqueza y variedad del mundo musulmán.

Tanto en esta obra como en *Orientalismo*, Edward Said considera que la reducción del mundo islámico se produce por el temor que origina el Islam, porque suele concebirse como un rival para Occidente. El intelectual Bernard Lewis, autor de *Las raíces de la ira musulmana*, es contemplado por Said como uno de los exponentes

² *Ibíd.*, p. 348.

³ Said, E., *Cubriendo el Islam*, Debate, Barcelona, 2005.

más destacados e influyentes de esta visión monolítica acerca del Islam. Bernard Lewis realiza unas interpretaciones del árabe escasamente precisas, en opinión de Said, pero válidas para su propósito de fundamentar en antiguos textos árabes y en vagas consideraciones genéticas una clasificación universal del carácter y la mentalidad árabes. Una generalización tan poco fundamentada ha ejercido una clara influencia en los escritos de Samuel Huntington, quien transformando algunas expresiones de Lewis ha llegado a la conclusión de que el gran peligro de nuestro tiempo tiene su origen en el choque de civilizaciones y, sobre todo, en el despliegue del mundo islámico y su posible, y sorprendente añade Said, unión con el confucianismo.

La equivalencia entre irracionalidad, hostilidad e Islam se ha convertido en un lugar común que puede contemplarse en el cine, en los estudios de presuntos eruditos (Daniel Pipes, Martin Kramer, Barry Rubin...), propietarios de importantes publicaciones (Martin Peretz, de *The New Republic* o Morton Zuckerman, de *The Atlantic*), escritores, investigadores o periodistas. Se trata de un nuevo perfil que ha adoptado la tradición orientalista y que tiene unas consecuencias muy negativas para alcanzar la comprensión entre los pueblos.

Frente a las ideas prediseñadas, frente a los prejuicios, sólo cabe una solución que Edward Said propone una y otra vez: mayor conocimiento, mayor ilustración. Sólo desarrollando un conocimiento más amplio y detallado será posible fomentar una comprensión más humana y un espíritu crítico frente a las ideas recibidas. Esta es la tesis básica que aparece en el último de sus libros: *Humanismo y crítica democrática*.⁴ El núcleo de la obra está formado por tres conferencias que fueron pronunciadas en el año 2000 en la Universidad de Colombia. En la primera de ellas –“La esfera del humanismo”– Said destaca la importancia de desplegar un conocimiento humanista que nos permita comprender los puntos de encuentro que comparten diversas tradiciones culturales y que nos acerque a las peculiaridades de la naturaleza humana. Su defensa de la tradición humanista pretende mostrar que ésta no debe ser entendida como una forma de exclusivismo, como la entronización de un saber privilegiado solamente accesible a una minoría de expertos. La tradición humanista debe servir para fomentar la comprensión mutua, para propiciar la convivencia entre grupos diferentes y, por tanto, para enriquecer la vertiente multicultural y democrática de las sociedades contemporáneas. En este sentido, su propuesta se alejaría de cánones humanistas excesivamente eurocéntricos –como el sostenido por Allan Bloom– y trataría de incluir en un curso de Humanismo algunas aportaciones que nos pudieran acercar a culturas poco estudiadas y conocidas por el público occidental. Por otra parte, su visión humanista dejaría un lugar importante para las transformaciones, para lo novedoso. Las grandes obras de la Historia del Arte Universal, desde Eurípides hasta Bach, piensa Said, han sabido armonizar adecuadamente los elementos más valiosos de la tradición con las aportaciones más originales halladas en su época. El Humanismo defendido por Said, por tanto, trata de estar abierto a las aportaciones que proceden de culturas diferentes, intenta eludir una perspectiva cerrada y pretende abarcar los detalles novedosos. De este modo, su Humanismo se comprende según una manera musical de entender la palabra “canon” que nos describe en este delicioso pasaje:

“Hay etimólogos que especulan con la idea de que la palabra “canon” (tal como aparece en canónico) se deriva de la palabra árabe qanun, que significa ley en el sentido de vinculante y jurídico de esta palabra. Pero éste es sólo un sentido bastante restrictivo. El otro es un sentido musical: el de canon entendido como una forma contrapuntística que se sirve de numerosas voces

⁴ Said, E., *Humanismo y crítica democrática*, Debate, Barcelona, 2006.

que se superponen según una pauta, por lo general, muy estricta. Dicho de otro modo, una forma que expresa movimiento, juego, descubrimiento y, en sentido retórico, invención. Visto así, las humanidades canónicas, lejos de constituir tablas estrictas de normas y obras maestras inamovibles que nos intimidaran desde el pasado (...) estarán siempre abiertas a modificar sus combinaciones de sentido y significación.”⁵

La lucha contra las etiquetas monolíticas y omniabarcadoras –Islam, Occidente, Oriente...– sólo es posible mediante un trabajo humanista laborioso que consiga acercarse a los detalles y que permita mostrar, como indica en varias ocasiones, que las verdaderas características de los grupos humanos no se encuentran en las calificaciones generales acerca de su religión o su mentalidad, sino en los múltiples detalles de la vida o de la cultura –“la mundanidad”⁶– que conforman la vida real e histórica de esos pueblos. Como sostiene en el siguiente capítulo, el humanismo, en cierto modo, es “una oposición a las *idées reçues*, y opone resistencia a todo tipo de estereotipos y lenguajes poco reflexivos”⁷. Esta oposición debe ser especialmente cuidadosa con tres tipos de modelos que dificultan en gran medida la convivencia entre los pueblos: el nacionalismo, el fervor religioso y el exclusivismo. El nacionalismo extremo puede conducir a un tipo de patriotismo que enarbola el carácter exclusivo de la propia nación frente a otras o el destino histórico inexorable que debe ser cumplido. El fervor religioso, en opinión de Said, representa el mayor enemigo que puede presentarse a las sociedades democráticas. Ahora bien, el estudio humanista debería, por una parte, evitar las terribles, falsas e irresponsables identificaciones entre Islam y fanatismo y, por otra, mostrar la existencia de importantes muestras de fervor religioso en el judaísmo, en el cristianismo y en otras tradiciones religiosas. Por último, el exclusivismo ilustra la estrecha visión, ejemplificada por el choque de civilizaciones defendido por Huntington, según la cual las culturas representan bloques monolíticos incapaces de relacionarse armónicamente y tendentes siempre a un continuo enfrentamiento. Esta perspectiva parece olvidar que toda cultura se ha elaborado a lo largo del tiempo como consecuencia de una interacción entre pueblos diferentes, a veces conflictiva, y, en muchas ocasiones, pacífica y constructiva.

La mirada humanista de Edward Said expuesta, en primer lugar, a través de su crítica de la tradición orientalista triunfante en los últimos siglos, sostenida, como hemos visto, en su modo de analizar el modo en que los principales medios de comunicación muestran y ocultan, al mismo tiempo, la realidad del mundo islámico y expuesta, por último, en sus escritos más recientes sobre las características y la función de un nuevo humanismo, representa, como veremos en los apartados siguientes, el punto de partida que sirve para comprender su visión del conflicto palestino-israelí y las propuestas que ofrece para encontrar una solución al problema.

3. El fracaso de Oslo

En 1993, en la ciudad de Oslo, dirigentes de la OLP y representantes israelíes se reunieron en secreto para conversar sobre la posibilidad de abrir un proceso de paz que pusiera fin al conflicto que a lo largo de casi todo el siglo XX se había desarrollado entre el mundo árabe-palestino e Israel. Las conversaciones parecieron caminar por buen camino, hasta el punto de que fueron auspiciadas por el ministro noruego de Asuntos Exteriores Johann J. Holst y favorecieron que los máximos dirigentes de la

⁵ *Ibid.*, p.46

⁶ *Ibid.*, p. 71

⁷ *Ibid.*, p. 65

OLP y del Estado de Israel se intercambiaran cartas que tenían un carácter histórico: Arafat reconocía en nombre de la OLP el derecho a existir pacíficamente de Israel y Rabin reconocía a la OLP como representante del pueblo palestino. La organización palestina reconocía el derecho a existir del Estado de Israel⁸ y, por primera vez, Arafat dejaba de ser considerado como un terrorista por parte del gobierno de Israel y su organización era contemplada como la voz del pueblo palestino. Las conversaciones continuaron y el 13 de Septiembre ambos líderes se estrechaban las manos en Washington ante la mirada complaciente del presidente de Estados Unidos, Bill Clinton.

Los acuerdos de Oslo, rubricados en Washington, habían establecido, en primer lugar, un mutuo reconocimiento: la existencia de Israel y el valor de la OLP como representante del pueblo palestino; habían señalado la posibilidad de que Gaza y una parte de Cisjordania pasaran a ser controladas autónomamente por el pueblo palestino a través de la llamada Autoridad Palestina y aplazaban para fechas posteriores, unos cinco años, el desarrollo final del acuerdo.

Aparentemente se había iniciado un proceso histórico, pero ¿se había elegido el camino adecuado? Edward Said fue uno de los primeros intelectuales que mostraron su rechazo más contundente a los acuerdos de Oslo. En numerosos artículos⁹ publicados a partir de 1993 refleja su crítica al proceso iniciado en Oslo no tanto por sus consecuencias, sino por su propia naturaleza perversa y desequilibrada. En primer lugar, el acuerdo no puede ser verdaderamente efectivo porque no se produce entre dos partes que tengan similares condiciones; por el contrario, el desequilibrio en todos los aspectos es absoluto. Israel cuenta con un desarrollo económico muy superior, recibiendo cada año una ayuda de más de 3.000 millones de dólares procedentes de Estados Unidos. Militarmente, el Estado judío representa uno de los países más poderosos de la Tierra, recibiendo, igualmente, una ayuda desinteresada por parte de Estados Unidos que le aporta gran parte de su logística en este terreno. Además, ha contado con un discurso legitimador que le ha convertido ideológicamente en el representante de la Democracia y de los valores occidentales en el exótico e irracional contexto oriental.

Los acuerdos de Oslo simbolizan, en opinión de Said, la continuidad con el discurso legitimador que hemos visto planteado en los análisis sobre el Orientalismo. La idealización realizada, en primer lugar, por los intelectuales europeos y posteriormente por los estadounidenses de una realidad llamada Oriente ha servido para diseccionar un mundo fluctuante y heterogéneo y ha cumplido el propósito de lograr, de este modo, una colonización más fácil y pacífica. Esa perspectiva general se manifiesta en los acuerdos de Oslo bajo la forma de un marco construido por Estados Unidos-Israel que permite legitimar el dominio de Israel sobre la zona y la aniquilación simbólica del pueblo palestino. "El actual proceso de paz debe ser considerado una prolongación de la política israelí de ocupación."¹⁰ La política de ocupación se perpetúa, en opinión de Said, ya que Israel mantiene gran parte de los territorios que fueron ocupados militarmente en 1967, alcanzando ahora una cierta legitimación a través del acuerdo, prosiguiendo en algunos lugares el desarrollo de los asentamientos y dejando sin tratar cuestiones tan importantes como la situación de los refugiados palestinos, el problema de Jerusalén oriental o el debate sobre la verdadera soberanía de los territorios palestinos.

⁸ Aunque ya lo había proclamado en el año 1988 en Argelia.

⁹ Estos artículos aparecieron en las obras *Gaza y Jericó. Pax Americana, Crónicas palestinas. Árabes e israelíes ante el nuevo milenio, Nuevas Crónicas palestinas. El fin del proceso de paz y Palestina. Paz sin territorios.*

¹⁰ Said, E. *Palestina. Paz sin territorios*, Editorial Txalaparta, Tafalla, 1997, p.29.

Yaser Arafat es contemplado por Said como una figura utilizada por Estados Unidos-Israel para alcanzar los acuerdos de paz y la legitimación de la humillación sufrida por el pueblo palestino en las últimas décadas. En primer lugar, su aceptación de un Estado israelí es un gesto simbólico que parece confirmar la invisibilidad y el olvido que sufre el pueblo palestino: no hay que olvidar que la aceptación del Estado de Israel por parte de la OLP se había producido anteriormente en Argelia en 1988. Además, el reconocimiento de la OLP no puede situarse al mismo nivel que el reconocimiento del Estado judío. Lo que hace Israel es reconocer el papel de la OLP como interlocutora válida del pueblo palestino, pero no reconoce el derecho de este pueblo a proclamar su soberanía, no se hace referencia a la situación en la que se encuentran cuatro millones de refugiados que tuvieron que dejar sus casas ante la creación del Estado de Israel, no se recuerda la expansión territorial que experimentó Israel en 1967, ni se alude al sufrimiento y a la humillación que ha sufrido el pueblo palestino en este largo conflicto. La sorprendente pasividad de Arafat, la no exigencia de algunas de estas reclamaciones desconcierta a Said. No puede haber negociación sobre la paz si previamente no se recuerda una y otra vez la ocupación militar. “Es esta la fuente de la violencia, es este el origen de los principales problemas y es esta la razón por la que Israel no puede gozar nunca de una auténtica paz. Nuestra postura política se debe basar íntegramente en poner fin a la ocupación y esto ha de tener prioridad sobre cualquier otra consideración.”¹¹ Por otra parte, la actitud de Arafat y sus fieles a partir de los acuerdos de Oslo, recibe las críticas de Said por otros motivos: incapacidad para desarrollar una cultura democrática en su pueblo, despliegue de una política cada vez más autoritaria, desarrollo de un alto nivel de vida en comparación con el escaso nivel de su pueblo, aumento de los casos de corrupción entre la élite de la Autoridad Palestina y ausencia de claridad en el reparto de las ayudas económicas que ha recibido la Autoridad en los últimos años. En definitiva, hasta la negativa a aceptar los acuerdos de Camp David en el año 2000, Arafat es descrito por Said como un instrumento válido para mantener los intereses de Estados Unidos e Israel en la zona.

La prolífica publicación de artículos realizada por Said en los años posteriores a los acuerdos de Oslo refleja su constatación del fracaso y su decepción por las consecuencias negativas que se están produciendo en el territorio palestino. Desde la firma del acuerdo, el paro en Gaza y en Cisjordania ha alcanzado un nivel del 50%; el número de personas que viven con menos de dos dólares al día se sitúa alrededor del 70%; el traslado de los palestinos desde un pueblo hasta otro se ha convertido en una auténtica odisea debido a los innumerables controles policiales que deben sufrir; la autonomía de los territorios está lejos de convertirse en una auténtica realidad: Israel controla las fronteras, el abastecimiento del agua y la incomunicación entre las zonas “dominadas” por la Autoridad Palestina ha crecido llegando a transformarse en lo que Said denomina “bantustanes”.

La situación en la que viven los palestinos le recuerda a Said la forma de vida que sufría la población negra en Sudáfrica en la época en que se desarrolló el Apartheid¹². La humillación que sufren los ancianos que deben esperar largas colas en los puestos de control para poder llegar al pueblo donde se encuentra su médico, las dificultades para transportar las mercancías de un lugar a otro, la escasez de recursos, el sentimiento constante de inferioridad o el desigual trato jurídico que sufren los palestinos en Israel, convierten al pueblo palestino en un pueblo olvidado. Said

¹¹ Said, E. *Nuevas crónicas palestinas. El fin del proceso de paz.*, Mondadori, Barcelona, 2002, p. 209.

¹² Arafat hizo referencia al Apartheid en su discurso ante las Naciones Unidas en Noviembre de 1974 y no hay que olvidar el título de la obra publicada por el ex-presidente Jimmy Carter en el año 2006: *Palestine: Peace not Apartheid*.

lamenta la falta de líderes palestinos capaces de mantener la dignidad para recordar estas situaciones de discriminación y desequilibrio antes de negociar pactos humillantes y lamenta también que no haya calado un discurso sobre el pueblo palestino –similar al que sirvió para derribar el Apartheid– capaz de convencer a numerosas personas en diferentes lugares del mundo y a los propios israelíes de la necesidad de cambiar la forma de contemplar al otro y de alentar los puntos de encuentro por encima de las pequeñas diferencias.

4. Dos pueblos en una misma tierra.

“Nuestra batalla es por la democracia y por la igualdad de derechos, por una comunidad o estado secular en el que todos sus miembros sean ciudadanos iguales, donde el concepto subyacente a nuestro objetivo sea una noción secular de ciudadanía y pertenencia y no una esencia mitológica o una idea cuya autoridad se derive de un pasado remoto, sea cristiano, judío o musulmán.”¹³

En sus reflexiones acerca del acuerdo de Oslo y sus consecuencias posteriores, Edward Said se muestra partidario de solucionar el conflicto palestino-israelí evitando las segregaciones y fortaleciendo la coexistencia entre los dos pueblos. En sus *Crónicas Palestinas* Said sitúa en la experiencia del sufrimiento profundo de un pueblo la posibilidad de encontrar un punto de unión entre palestinos y judíos israelíes. La experiencia del Holocausto fue tan terrible y conmovedora que debería provocar una conmoción en cualquier persona que la recuerde. De un modo similar el dolor que han sufrido millones de palestinos que perdieron sus hogares y que han tenido que experimentar desprecios y humillaciones constantes debería provocar un sentimiento similar. El similar sufrimiento y la similar humillación deberían hacernos comprender la común humanidad que nos une. La historia entre palestinos e israelíes ha estado y todavía se encuentra demasiado entrelazada como para poder realizar una radical separación sin añadir más dolor, violencia y sufrimiento.

“El problema es que la autodeterminación palestina en un estado separado resulta impracticable, como lo es el principio de separación entre una población árabe y judía demográficamente mezcladas e irreversiblemente conectadas tanto en Israel como en los territorios ocupados. La cuestión, creo, no es cómo idear medios para seguir tratando de separarlas, sino ver si es posible que ambas convivan de una forma justa y pacífica.”¹⁴

La separación en dos Estados representa una herencia de la historia colonial que no ha originado a largo plazo consecuencias muy positivas. En primer lugar, provoca el traslado violento de millones de personas que han vivido, en ocasiones, durante generaciones en el mismo lugar. Esto significa el traslado de los colonos que llevan varias décadas viviendo en un lugar, pero también el traslado de dos millones de palestinos que viven en Israel. Al mismo tiempo, significa el realojo de estas personas en una nueva localidad en la que no necesariamente serán bien recibidos. Por otra parte, la división radical en dos Estados representa una forma de explicitar las

¹³ Said, E. *Crónicas palestinas, Árabes e israelíes ante un nuevo milenio*. Grijalbo Mondadori, Barcelona, 2001, p. 193.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 211-212.

diferencias que separaban a las naciones y, por tanto, de reflejar la imposibilidad de vencer la enemistad que les distanciaba. Se trata, por tanto, de una solución que en lugar de buscar la concordia o la reconciliación que, a largo plazo, debería ser más fructífera, ha optado por ceder ante las diferencias y por consolidar un orden basado en la enemistad y en la potencial hostilidad.

Edward Said, siguiendo la estela de importantes pensadores de la tradición judía como Arendt o Buber, defiende en estos escritos el desarrollo de un Estado democrático y secular. Se trata de desplegar un proyecto compartido que atienda a las personas en primer lugar como ciudadanos, independientemente de su vinculación religiosa o cultural. Se trata de conseguir un Estado con una idea de la Justicia y de la ciudadanía que sirva para todos sus pobladores.

En este sentido, Said, siguiendo el análisis de Israel Shahak, se muestra muy crítico con la noción de ciudadanía que se desarrolla en el Estado de Israel. En su obra *Historia judía, religión judía*¹⁵, Shahak quiere advertir del gran peligro que representa convertir a Israel en un Estado judío. Esta identificación representa la anulación de una posible nacionalidad israelí. En Israel es necesario tener una nacionalidad que quede reflejada en el carné de identidad: árabe, drusa, judía... Tener todos los derechos dentro del Estado sólo es posible si se posee la nacionalidad judía, es decir, si por varias generaciones por vía materna se pertenece al judaísmo o si se ha producido una conversión de forma adecuada. De lo contrario, cualquier persona se encontrará en una situación claramente desfavorable a la hora de buscar trabajo, encontrar vivienda, recibir un crédito o realizar cualquier actividad. Pero no sólo los no judíos se ven afectados en el interior del Estado, la consideración de Israel como un Estado judío también fomenta la política expansionista, el deseo de conquistar aquellas tierras que se considera que en tiempos bíblicos formaron parte de Israel.

Said comparte la visión de Israel Shahak acerca del carácter exclusivista que se desprende de la noción de ciudadanía judía. Esta concepción establece una clara discriminación de los palestinos que viven en Israel, cuya situación contrasta con el amplio reconocimiento de derechos que disfrutaban en el Estado judío algunos grupos (mujeres judías, homosexuales judíos...) que suelen ser marginados en muchos lugares del mundo. El Estado de Israel se presenta, por tanto, como un Estado democrático pero sólo para los ciudadanos judíos. El respeto universal de los Derechos fundamentales de los seres humanos se difumina cuando los grupos afectados carecen de la nacionalidad judía.

Por otra parte, se desarrolla un contraste extraordinario, al que Said alude con gran indignación en varias ocasiones, entre la Ley de Retorno de los Judíos y el Derecho de los refugiados a volver a sus antiguos lugares de residencia. En el primer caso, cualquier judío del mundo, aunque nunca haya visitado Israel, tiene el derecho de entrar en el país, establecer su residencia y alcanzar la nacionalidad. Sin embargo, los cuatro millones de refugiados palestinos que viven lejos de su país no tienen ningún derecho a regresar a sus anteriores localidades.

“...hay que recordar aquí que Israel, que continúa negando con incansante terquedad cualquier responsabilidad por la desposesión palestina, mantiene una incontrovertible Ley de Retorno para cualquier judío de cualquier parte. El hecho de que siga haciendo eso y, al mismo tiempo, con una especie de canallesca grosería, se niegue siquiera a hablar de un derecho similar para los palestinos, es algo que desafía a la lógica, por no hablar de la justicia más elemental.”¹⁶

¹⁵ Shahak, I. *Historia judía, religión judía*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2004.

¹⁶ *Ibid.*, p. 264

La transformación de la noción de ciudadanía que aparece en Israel podría ser la clave para desarrollar la idea de un Estado secular, multicultural y plural. Debería ser la clave para avanzar hacia una tercera vía que superara el proyecto iniciado en Oslo –y continuado posteriormente en iniciativas similares como la Hoja de Ruta– que desembocaría en la construcción de dos Estados independientes y la aspiración de los grupos más exclusivistas y nacionalistas que, tanto en Israel como en Palestina, anhelarían construir un único Estado homogéneo dominado por una única visión religiosa.

“...la tercera vía elude tanto la bancarrota de Oslo como las políticas retrógradas consistentes en llevar a cabo boicots generalizados. Se debe iniciar partiendo de la idea de ciudadanía y no de nacionalismo, puesto que las nociones de separación (Oslo) y de nacionalismo teocrático triunfalista y unilateral, sea judío o musulmán, simplemente no abordan las realidades que tenemos ante nosotros.”¹⁷

Edward Said ha lanzado una propuesta para canalizar la convivencia entre palestinos y judíos. “Dos pueblos en una misma tierra.”¹⁸ En principio, parece sorprendente. La rivalidad entre judíos y palestinos nos ha acompañado como la música de fondo de la historia universal en los últimos cien años y parece difícil imaginar una situación de convivencia armoniosa y pacífica entre ambas poblaciones. Sin embargo, el pensador palestino muestra algunos argumentos teóricos o simbólicos que pretenden fundamentar su tesis.

Nos recuerda, por una parte, que la idea de un Estado binacional no constituye una creación original suya, sino que ya había sido defendida por algunos pensadores de origen judío durante el período de entreguerras: Judah Magnes, Buber o Hannah Arendt. Por otra parte, hace referencia a dos situaciones históricas que podrían impulsarnos a creer en la posibilidad de una convivencia multicultural: el apogeo de la civilización árabe en una Andalucía caracterizada por su “diversidad multicultural, multirreligiosa y multiétnica”¹⁹ y la propia Palestina que históricamente ha representado un punto de encuentro y un espacio multicultural.

Además, la referencia a Sudáfrica y la solución ideada a la situación de Apartheid resuena con frecuencia en sus artículos. La creación de un Estado en el que blancos y negros pudieran gozar de los mismos derechos –al menos, en teoría– parecía una utopía hace tan solo varias décadas. Sin embargo, la convivencia pacífica y la igualdad jurídica han sido posibles. En este sentido, Said cree que varios elementos confluyeron e hicieron factible la creación de la nueva Sudáfrica. Por una parte, fue necesaria la insistencia de una organización y de un líder carismático – Nelson Mandela– que siempre tuvieron clara cuál era la situación inferior y humillante que padecían, y, al mismo tiempo, mantuvieron la dignidad necesaria para continuar con los objetivos de su lucha desde el principio: igualdad de derechos o un hombre, un voto. Por otra parte, la creación de una campaña internacional que, poco a poco, fue provocando el aislamiento político y moral del régimen racista. Por último, la importantísima participación de parte de la población blanca que asumió la responsabilidad de favorecer los cambios para permitir la creación de un país mucho más humano.

Estos mismos elementos deberían combinarse en la situación palestina, piensa Said, para favorecer una coexistencia verdaderamente pacífica. En primer lugar, los representantes del pueblo palestino deberían tener claros los objetivos –comenzar

¹⁷ *Ibid.*, p. 190

¹⁸ Said, E., *Nuevas Crónicas palestinas...*, *op. cit.*, p. 159.

¹⁹ Said, E. *Crónicas palestinas...*, *op. cit.*, p. 193

siempre cualquier negociación recordando la ocupación ilegal, los derechos de los refugiados o la cuestión de Jerusalén– y mantener siempre la dignidad, a pesar de las presiones internas o externas, para conseguir una situación de convivencia en la que éstas y otras cuestiones se puedan solucionar. Deberían favorecer, al mismo tiempo, en unión con la sociedad civil una campaña internacional que ayude a comprender la situación real del pueblo palestino. Esta campaña debería ir acompañada de un movimiento pacífico de resistencia que, mediante diferentes caminos, lograra concienciar a Israel y a la comunidad internacional de la necesidad de realizar grandes reformas encaminadas a la creación de un espacio de convivencia más humano. Por último, sería necesario iniciar una coalición entre aquellos intelectuales palestinos e israelíes que comparten una visión similar sobre la realidad actual y el futuro de Palestina-Israel, aquellos que consideran que, por encima de las diferencias culturales o religiosas, la convivencia entre dos pueblos, que ya han compartido una parte muy importante de su historia, es posible y deseable.

5. La viabilidad del proyecto.

La propuesta presentada por Edward Said resulta muy interesante y sugerente. Sin embargo, parece representar una nota discordante en el paradigma actual. Si nos preguntamos si realmente es viable la creación de un Estado palestino-israelí que permita la convivencia pacífica entre los dos pueblos dentro de un marco constituido por una igualdad jurídica, no resulta fácil pronunciar una respuesta afirmativa. Hemos visto que el propio autor respalda su proyecto a través de referencias históricas (Al-Andalus o la propia Palestina), argumentos pragmáticos y humanitarios (los problemas relacionados con el traslado forzado de poblaciones) o recuerdos de situaciones similares (la supresión del Apartheid en Sudáfrica).

Su proyecto binacional se encuadra, por otra parte, dentro su propia visión de la historia universal y de la tradición humanista que hemos analizado anteriormente. La construcción a lo largo de los últimos siglos de ideas tan rígidas como Oriente, Occidente o Islam había posibilitado una visión demasiado reduccionista del mundo islámico que había permitido un dominio más fácil de sus territorios por parte de las potencias occidentales. Esta situación se reflejaba, del mismo modo, en la tierra palestina donde la simplificación de la cultura de los habitantes originales había provocado su uniformidad y su fácil eliminación. Israel como construcción occidental parecía encajar en la línea de la tradición orientalista y parecía olvidar que su creación era posible en un lugar donde residían otros pobladores. El olvido del pueblo palestino ha adoptado diversas formas desde los años cuarenta (expulsión, campos de refugiados, asentamientos...) que reflejan el triunfo de una concepción occidental y colonialista. Pero el pueblo palestino no ha desaparecido. Una parte reside en Israel, unos dos millones; unos cuatro millones viven en los campos de refugiados (en Jordania, Líbano o Siria) y cerca de cuatro millones habitan en los territorios de Gaza y Cisjordania. La propuesta de Said quiere conseguir que ese pueblo sea reconocido y pueda existir, sin necesidad de concebir su existencia como una perpetua lucha por la supervivencia.

El proyecto de coexistencia guarda relación con la eliminación de las ideas preconcebidas, con un conocimiento detallado de la vida de los otros que siga la estela de la tradición humanista. Cuando el conocimiento de los demás se practique como el arte de la Filología, dejando a un lado las grandes teorías y leyendo una y otra vez para captar las peculiaridades y los pequeños detalles, podremos desplegar un acercamiento más humano hacia los que nos rodean. Si dejamos a un lado las ideas de Oriente, Occidente o Islam, lo que nos encontramos a nuestro alrededor son personas que viven, sufren, ríen, luchan, tienen sueños, temores y esperanzas. La

convivencia es posible porque, en la práctica, ya se produce tanto en Israel como en Gaza o Cisjordania. Se trata de fomentar esa convivencia de maneras muy diferentes pero, sobre todo, diseñando un marco jurídico basado en la igualdad entre todas las personas.

Sin embargo, el proyecto de Said se presenta en estos momentos como una idea lejana y algo extravagante. Diferentes aspectos parecen hacer dudar de su viabilidad. En primer lugar, hay que considerar la presencia de importantes grupos tanto en Israel como en el pueblo palestino que sienten una hostilidad profunda hacia los otros. En el mundo palestino, el incremento del fanatismo religioso ha provocado la aparición de grupos –cuyo máximo exponente es Hamás– que identifican al pueblo palestino con la religión musulmana, no reconocen al Estado de Israel y anhelan la creación de un único Estado islamista. Por otra parte, también encontramos grupos muy conservadores en Israel cuyo sueño consistiría en un Estado judío asentado sobre toda Palestina.

En segundo lugar, los distintos hitos del proceso de paz desde los acuerdos de Oslo de 1993 (Oslo II, conversaciones de Camp David en el año 2000 o la Hoja de Ruta propuesta en 2003) se dirigen claramente hacia el reconocimiento de los dos Estados separados. Hasta ahora no se ha producido un acuerdo definitivo, aunque parece que en las conversaciones auspiciadas por Bill Clinton en Camp David se alcanzó un mayor acercamiento entre Arafat y Ehud Barak que finalmente no llegó a culminarse. Mientras Edward Said, en su línea habitual, consideraba que esta reunión mantenía los mismos vicios que otras anteriores, siendo comprensible la actitud negativa de Arafat, otros analistas han creído que en esta ocasión se había desperdiciado una oportunidad para encontrar una solución al conflicto dentro del paradigma de los dos Estados. Así, T. G. Fraser en su obra *El conflicto árabe-israelí* considera que, a pesar del sentido de responsabilidad mostrado por el presidente Clinton, se perdió una oportunidad muy importante. “Dado que muy pronto estallaría la tragedia, la cumbre de Camp David se ha considerado una de las más claras oportunidades desperdiciadas para resolver el conflicto”²⁰. En una línea similar, se expresa Paul Berman. En este caso, el analista político estadounidense culpa en su libro *Terror y libertad*²¹ directamente al bando palestino dirigido por Yaser Arafat, quien se sintió muy presionado por el movimiento islamista Hamás y fue incapaz de aceptar una solución que, en su opinión, beneficiaría a su pueblo.

T. G. Fraser o Paul Berman ilustran la defensa de la solución que, aparentemente, parece más realista en la actualidad. No olvidemos que se trata de una solución que trataría de consolidar la partición que en 1947 decretó la Asamblea General de las Naciones Unidas. Pero no olvidemos tampoco que esta propuesta no fue reconocida, en principio, por el mundo árabe y que sólo a partir de mediados de los años setenta la OLP comenzó a considerar la viabilidad de este proyecto, a pesar de la oposición de gran parte del pueblo palestino. Hasta entonces en la OLP también se soñaba, como expresó Arafat en su famoso discurso ante las Naciones Unidas con “...un Estado democrático en el que cristianos, judíos y musulmanes vivan en justicia, igualdad, fraternidad y progreso”²². Pero el sueño de Arafat se transformó en política pragmática. La posibilidad de poseer un espacio de tierra desde el que iniciar la creación de un Estado para su pueblo le pareció una alternativa mucho mejor que la ausencia de cualquier Estado o autogobierno. Fue el camino que emprendió la OLP y por el cual se iniciaron los primeros acuerdos.

No obstante, los acuerdos a través de ese camino no han llegado a fructificar. La situación que describía Edward Said en los años noventa puede trasladarse a la

²⁰ Fraser, T. G. *El conflicto árabe-israelí*, Alianza Editorial, Madrid, 2008, p. 273.

²¹ Berman, P. *Terror y libertad*, Tusquets Editores, Barcelona, 2007, pp. 174 y ss.

²² Walker, T. y Gowers, A., *Arafat. La Biografía (vol. I)*, ABC, Madrid, 2005, p. 151

primera década del siglo XXI (paro, pobreza, sufrimiento, incomunicación...), a lo que habría que añadir, además, un aumento considerable de la violencia: más de 2000 palestinos, 800 israelíes y cientos de libaneses desde el fracaso de las negociaciones de Camp David en el año 2000 y el surgimiento de la Intifada de Al-Aqsa, según recuerda Fraser²³.

Paradójicamente, el insomne Said no se ha conformado y quiere seguir soñando. Piensa que la armonía entre pueblos que traten sinceramente de entenderse es la única solución viable a largo plazo. Su fino sentido musical le impide apreciar el valor de los mensajes que tratan de ejercer una hegemonía absoluta, imponiéndose sobre los demás mediante el uso de la fuerza. Para él, el canon debe entenderse, sobre todo, en el sentido musical, es decir, como una “forma contrapuntística que se sirve de numerosas voces que se superponen según una pauta, por lo general, muy estricta”. La sinfonía perfecta debe ser una sinfonía de voces múltiples que se superponen. El fin del conflicto únicamente será posible cuando comprendamos que sólo voces diferentes en armonía pueden crear una sociedad verdaderamente humana.

Sevilla, Julio de 2010

²³ Fraser, T. G. *El conflicto árabe-israelí, op. cit.*, 2008, p. 341.